

maculada concepcion. De santo Tomás de Aquino ¿qué se quiere que yo diga sino que los lugares en que la defendió, están mas claros y mas firmes y que sus partidarios mas moderados y respetuosos prefieren reconocerle por abogado antes que por contrario de la purísima concepcion?

LXVI. Pero echémoslo á lo peor y concedamos que ese puñado de doctores fueron abiertamente favorables al partido contrario. Es muy fácil responder que esto les era disimulable en la época en que vivian, queriendo Dios tal vez valerse de la oposicion de ellos para sacar la verdad. El temor que tenían á las novedades, el respeto que profesaban á la iglesia romana, la cual no habia hablado aun, y ellos querian seguir su impulso y no anticiparse, la diversidad de los juicios que encontraban sobre una proposicion intrincada, las máximas generales de la Escritura y de los santos padres, entre las cuales no se descubria aun la luz clara como se descubre hoy, los hacian recatados y hasta recelosos para admitir aquella creencia. Pero ahora que ha cambiado el aspecto de las cosas, que la voz de las naciones resuena hasta el cielo, que por todas partes se nota una porfia y competencia santa sobre quien celebrará esta fiesta con mas pompa y majestad, que todos los prela- dos de la iglesia están acordes, que los romanos pontífices no solo aprueban el alborozo público, sino que á mayor abundamiento abren los tesoros de las satisfacciones de Jesucristo y de sus santos para excitar mas y mas la devocion de los fieles, y tapan la boca á todo el que trate de sugerir alguna especie en contrario, que para un doctor que sostenga temblando la otra opinion, hay mil que predicán y pregonan esta sin temor y con aprobacion general; parece que ya no es ocasion de acotar á esos padres, los cuales siendo como eran extremadamente celosos de la honra de la Virgen, muy

amantes de la paz y la union y en sumo grado humildes y obedientes á la iglesia, si vieran el estado presente de la cuestion, no solo no se harian rogar, sino que no tendrian bastantes voces para llamar inmaculada á la madre de Dios y su concepcion, como lo ejecutan en el cielo, para convidar á todos á que los imitaran y para desaprobá lo que en otro tiempo hubiesen dicho en contrario.

§. II. — Que la madre de Dios fué exenta de todo pecado actual.

I. Asi como no hay mas que una madre de Dios, tampoco hay mas que una simple criatura que sea en todo privilegiada. En efecto sé que es creencia católica que aun los mas grandes siervos de Dios no están exentos de las culpas diarias, las cuales son como inseparablemente anexas á la fragilidad de la naturaleza humana, y que necesitan recurrir á la misericordia divina para alcanzar el perdon de sus imperfecciones ordinarias. El concilio milevitano (1) y despues el tridentino (2) elevaron esta conclusion á decreto. Mas tambien sé que el segundo de dichos concilios comprueba la cédula de exencion de la bienaventurada Virgen asegurando que tal es el sentir de la iglesia. Con efecto en el concilio de Clermont bajo el pontificado de Urbano II (5) se determinó por comun consentimiento de todos los padres asistentes á él que Maria no cometió pecado jamás. Bien mereceria su calidad que se recibiese este privilegio á ojos cerrados; mas aunque quiera examinarse, se verá que está extendido en tan buena forma, que no hay medio de disputarle. Los santos padres hablan de él de tal suerte, que despues de oírlos hay que rendirse por nece-

(1) Cap. 6, 7 y 8.

(2) Ses. VI, con. 23.

(3) Vega lib. 44 in trident. cap. 18.

sidad. Orígenes la llama inmaculada (1): el segundo concilio de Toledo dice lo mismo y además la llama santa. A Teodoro no le parece esto bastante y quiere que se la llame muy inmaculada (2). Sofronio dice que ella no sabe lo que es mancha y que está muy distante de todo contagio del pecado (3). Eutimio sostiene que pierde el tiempo quien busca algo que motejar en ella, porque es hermosísima esposa de Dios (4). S. Efrén dice que está sin mancha y perfectamente pura (5). El sabio Idiota asegura que su gloriosa alma nunca fué contaminada con ninguna mancha, vicio ó pecado y que no le faltó ninguna perfección de belleza espiritual, de gracia ó de virtud (6). « Por mi parte, dice S. Bernardo (7), tengo que ser deramado sobre ella tal abundancia de bendición, que hubo bastante no solo para santificar su nacimiento, sino también para eximirle de todo pecado en el resto de su vida; lo cual no se cree que se haya concedido á ningún otro nacido de mujer como ella. » S. Vicente Ferrer para quitar todo motivo de duda va especificando sus pensamientos, palabras y obras, su alma y su cuerpo, y afirma que de ninguna de sus facultades salió movimiento alguno que pudiese desagradar en lo mas mínimo á la soberana majestad; « de manera, dice, que prendado el Espíritu Santo de tan peregrina hermosura compuso un cantar en alabanza de ella diciendo: Eres toda hermosa, amiga mía, y no hay mancha en tí (8). » Santo Tomás conviene en este pasaje cuando sostiene que para verificarle es necesario eximirle de toda culpa, según he hecho ver mas arriba (9).

(1) Homil. 3 in cap. II Mat.

(2) In cap. V. Cantic.

(3) Serm. de Assumpt.

(4) Orat. in adoracione zone Deiparæ.

(5) Orat. de laudibus Mariæ.

(6) Contempl. c. 2.

(7) Epist. 174.

(8) Serm. de Purific.

(9) P. 3, q. 27, art. 2.

Diversas comparaciones de los santos padres.

II. No se contentan con esto los doctores, sino que á mas nos suministran diversos símiles ó comparaciones para pintarnos la suma pureza de la Virgen. S. Epifanio la compara á una hermosa azucena, que se irgue lozana entre las espinas sin que la lastimen (1). S. Gregorio de Neocesarea dice que así como su cuerpo fué mas puro que el oro acrisolado, de la misma manera su alma fué mas blanca que la nieve (2). Ricardo de S. Victor conviene en que todas las vírgenes son verdaderos espejos del cordero sin mancha y que le acompañan á todas partes; pero que la Virgen de las vírgenes es el espejo sin mancha y enteramente terso, que no ha recibido jamás el menor hábito del pecado (3). Sofronio afirma que no es maravilla sea llamada la bella y la única paloma, porque en ella no se halló mas que pureza, simplicidad, verdad y gracia de Dios (4). En el mismo lugar la compara á la lana teñida de púrpura, para que sirva al emperador del cielo y de la tierra. El docto Alcuin aprobó este mismo pensamiento valiéndose de él en su libro de la santísima Trinidad. S. Eucherio tantas veces citado la representa como el retrete del príncipe, perfumado con preciosas aguas de olor, y añade que donde no hay mas que el almizcle y el ámbar de la gracia y de la santidad, no se debe de temer el mal olor del pecado (5). San Buenaventura le aplica el versículo 69 del salmo LXXVII, donde se dice (6): « Y labró como unicornio su santuario en la tierra que fundó por los siglos; » por donde quiere significar que Dios edificando para sí un santua-

(1) Sermo de laud. Mariæ.

(2) Sermo de Annoni.

(3) Cap. 39 in Cant.

(4) Sermo de Assumpt.

(5) Sermo de Nativ. ad auroram.

(6) In psalm. Virg.

rio divino, que no es otro que la gloriosa Virgen, hizo lo mismo que el unicornio, el cual al decir del venerable Beda (1) ahuyenta de su guarida por la suavidad de su propio olor toda especie de infeccion de ponzoña. San Bernardo habiéndola considerado vestida de su preciosa vestidura, quiero decir, del sol, confiesa que despues de esto sería una gran locura ir á buscar oscuridad en ella, ni aun la mas leve sombra ó alguna apariencia de tibieza (2). El mismo santo manifiesta la gallardía ordinaria de su ingenio alegorizando con la iglesia la casa de Betania, donde fué hospedado el Salvador y tratado caritativamente por Marta y su hermana María, verdaderas imágenes de la santa alianza que habian contraído en el alma de nuestra señora la vida activa y la contemplativa. «Además, dice, advertid que no se hace mención alguna de Lázaro, que es la figura de la penitencia, porque no permita Dios nos ocurra que se introdujese jamás en su alma ninguna inmundicia, para la cual necesitara de escoba.»

III. No nos faltan santos padres, que han dado vuelo á su ingenio para hacer los paralelos del alma y del cuerpo de la madre de Dios con intento de demostrar que su alma no estuvo menos virgen de pecado que su cuerpo de mancha. El sabio Ruperto se vale de esta comparacion (3) afirmando que no tuvo el pecado mas entrada en el alma de la Virgen que el hombre dominio sobre su cuerpo. Antes de él la habia usado ya Venancio Honorato, que vivia casi en tiempo de S. Ildefonso (4), y despues S. Juan Damasceno, cuyo pensamiento bien merece citarse. Aludiendo á las palabras del ángel que la saludó llena de gracia, dice (5) que ella encontró

(1) Salmo LXXVII.

(2) Serm. in Signum magnum.

(3) Lib. 4 in Cant.

(4) In expositione symboli.

(5) Orat. 4 de dormit. B. V.

por dicha un mar inmenso de gracias, que conociendo el tesoro que llevaba, conservó sana y salva la nave de sus dos virginidades, la del cuerpo y la del alma. ¿Qué mas puede decirse cuando los santos no le conceden menos exencion que á los ángeles con respecto al pecado? Sobre lo cual notó muy sabiamente S. Gregorio Taumaturgo (1) que por este motivo mereció la embajada del ángel, de quien era hermana en pureza. S. Juan Crisóstomo da tambien la superioridad á la señora en su liturgia y la realza incomparablemente sobre los ángeles. En una palabra santo Tomás la aproxima á Dios, y aqui hay que detenerse por necesidad, porque no se puede pasar mas adelante. En la tercera parte de su suma, cuestion 27, art. 3 se podrá ver el discurso que hace, donde sentando por fundamento que cuanto mas se acerca una cosa al principio de alguna perfeccion, sea la que quiera, tanto mas saca de ella, concluye que habiendo estado nuestra señora mas próxima que ninguna otra criatura á nuestro señor Jesucristo, verdadera fuente de toda pureza, no es maravilla que haya sacado mas que los otros.

Razones de los santos padres.

IV. La autoridad de estos padres, siendo tales y tantos, debería de bastar á cualquiera; con todo me persuado á que no llevarán á mal que dejando aparte su mérito se examinen sus razones con mas libertad. Muchas son las que alegan para la confirmacion de este privilegio; pero yo me contentaré con tocar algunas. Es cosa razonable ir siempre en derechura á la fuente de todos sus privilegios, que es el titulo de madre de Dios. San Eloy, obispo de Noyon, que vivia en el siglo VI, dice re-

(1) Sermo 3 de Annuat.

sueltamente (1) que por ninguna razon puede ponerse mancha ni impureza á la que habiendo recibido la plenitud del Espíritu Santo mereció ser la madre del autor de toda pureza. Pedro, abad de Cluny, sutilizando el mismo pensamiento, añade (2) que la razon no consiente que la que tuvo la honra de ser el santuario del Espíritu Santo, el lecho de descanso del Salvador y el trono de la divinidad, haya sido oscurecida por ninguna nube de pecado, aunque se la suponga pequenísima, ni aun de paso y como volando. Hesiquio de Jerusalem habla de esta suerte á la Virgen santísima (3): «Porque conservaste la integridad de tu cuerpo y resguardaste de toda mancha el tabernáculo de tu alma, el Padre eterno hará alianza contigo, el Espíritu Santo te defenderá, y el Hijo único de Dios tomará nuestra carne en tus entrañas.» Aun pasa mas allá Ricardo de S. Victor, porque dice absolutamente (4) que si ella no hubiera sido tal como acabó de decir, era locura aspirar á un favor tan extraordinario. Con esta poderosa consideracion echa por tierra el formidable atleta S. Agustin á un enemigo de María santísima diciéndole: «Escucha, maniqueo, escucha: ve aquí las palabras que te dirige el gran Dios, criador del hombre é hijo del hombre juntamente: Yo hice la madre de que he nacido; yo preparé el camino por donde he pasado. Esa de quien tú hablas con tan poco respeto, tiene la honra de ser mi madre: ¿qué hay que decir despues de esto (5)?»

V. S. Bernardo, hijo querido de tan buena madre, alega otra razon y dice (6) que era muy razonable que la Virgen tuviese una vida exenta de todo pe-

(1) Homil. 2 in Purific.
(2) Lib. 5, epist. 4.
(3) Orat. de S. Delpars.
(4) De Emmanuel, c. 26.

(5) Orat. de quinque haeresibus.
(6) Epist. 474.

cado por un privilegio singularísimo, pues que debía de ser la madre de la vida y de la justicia que habia de alcanzar para todos. Por último S. Buenaventura hace un resumen de varias razones alegando (1) que María como abogada de los pecadores, gloria y corona de los justos, esposa de Dios, cámara de la santísima Trinidad, tálamo místico del verdadero Salomon nuestro salvador y re-dentor merecia la gracia de que el pecado no penetrase en ella. Estas razones exigirían alguna mayor ilustracion; pero valdrá mas que cada uno las pese en su criterio particular.

§. III.—Que los santos padres dicen que la madre de Dios fué impecable y cómo debe de entenderse esto.

I. Los doctores no se contentan con pregonar que nuestra señora no pecó jamás y la hacen pasar por impecable, no por naturaleza (porque es claro que esto solamente es propio de Dios y de Jesucristo nuestro redentor en razon de la union personal que tiene con Dios), sino por gracia y por privilegio, que la encumbró tanto, dicen aquellos, que ni aun le dejó la facultad de pecar. Hace cerca de quinientos años que Ricardo de S. Victor promovió el primero esta doctrina (2). Los que le siguieron, se dividieron en dos partidos, porque los unos (3) la hacen gozar tranquilamente de este derecho adquirido desde el instante de su concepcion, y los otros (4) no pasan del tiempo en que concibió al Verbo divino, que fué á juicio de ellos el punto culminante de su felicidad. Ricardo de S. Victor lo dice expresamente con estas pala-

(1) In 3 dist. 3.
(2) In Cant. cap. 26.
(3) Gabr. in 3, dist. 3, q. 2, art. 3.

(4) S. Thom. p. 3, q. 27, art. 4, et in 3 dist. 3, q. 1, art. 2; S. Bonavent. art. 2, q. 4; Alens. p. 2, q. 9, m. 3, art. 4, §. 2.

bras (1): «Antes de la época favorable en que llevó al hijo de Dios en sus entrañas, había sido preservada de todo pecado por gracia; pero desde entonces de tal suerte fué confirmada y protegida por la virtud de lo alto, que no estuvo ya en su mano el pecar.» Mi ánimo no es meterme en esta cuestión, ni tratar de ventilar las disputas de ambos partidos, sino que pienso arrimarme boníticamente al de los que enseñan (2) que el honor de la madre de Dios no consiste en no haber tenido la facultad de pecar, sino mas bien en no haberlo hecho jamás, visto que el Eclesiástico pone entre las alabanzas del justo el no haber quebrantado la ley de Dios pudiendo hacerlo (3). Y si se quiere saber la única razón que me atrae á este partido, es que no admito absolutamente mas que dos cosas que pueden ligar la libertad de la criatura mientras goza del pleno uso de la razón (presuponiendo siempre que Dios no quiera negarle la asistencia necesaria para sus obras), á saber, la union personal con Dios y la clara y permanente vision del sumo bien. Fuera de eso me parece que repugna el querer sujetar la voluntad en tales términos, que se le quite su libertad para cualquier objeto. Además de que si determináramos de esta manera la libertad de la Virgen santísima, le quitaríamos al mismo tiempo la facultad de merecer y de lucrar las gracias de Dios; y de aquí recibiría un daño que no podría explicarse.

Cómo puede llamarse impecable nuestra señora.

II. Sin embargo por el respeto que debemos á los grandes teólogos que creyeron honrar en esto á la madre

(1) En el lugar citado.
(2) Suarez, Vazquez etc. en

el lugar citado.
(3) Eccii. XXXI.

de Dios, añadiré que á fin de dar un sentido verdadero á sus proposiciones podemos decir que aunque hablando absolutamente y con rigor, pudo ella pecar no obstante todos los auxilios del cielo, eran tales los antemurales que había levantado Dios en ella y al rededor de ella, que moralmente no podia hacerlo y que en realidad era cosa infalible que no lo haria jamás. Este discurso me obliga á pasar adelante y referir lo que he averiguado acerca de los antemurales que había levantado Dios al rededor de la Virgen santísima para quitar al pecado toda esperanza de acercarse á ella. Tocante á lo cual diré que si hay algun medio humano por el que pueda hacerse inexpugnable una plaza fuerte, parece que son necesarias tres cosas. La primera es la planta y naturaleza del lugar, que pudiera ser tan ventajosa, que fuese imposible minarla, asaltarla y sorprenderla, y no hubiese medio de aproximarse á ella y asestar la artillería. La segunda cosa son las fortificaciones bien entendidas con sus castillos y baluartes flanqueados y defendidos, sus casamatas, sus entradas y salidas, municiones de boca y guerra, en una palabra con todos los medios de defensa y todo lo que el arte añade á la naturaleza en semejante ocasion. La tercera y última es el vigor y la vigilancia de los soldados y gente de armas contenidos en buena disciplina y diestros en todo género de ejercicios militares. Intento representar el alma de la madre de Dios dotada de estas tres ventajas como una fortaleza inaccesible al pecado y terrible á todos los enemigos de la gracia. S. Juan Damasceno me sugiere este pensamiento cuando la llama (1) una fortaleza mas santa que el monte Sina, y el doctor angélico me ha abierto el ca-

(1) Orat. 4 de nativ. B. Virg., c. 3, q. 27, art. 3.

mino para referir á estos tres principios la impecabilidad de María santísima. Pero todo merece una declaración mas amplia.

Primer principio de la impecabilidad moral de la madre de Dios, á saber, la extincion de la concupiscencia. Declaracion de la naturaleza de esta.

III. Comienzo por la planta y naturaleza del lugar, es decir, por el principio que se acerca mas á la naturaleza y sobre el cual edificó Dios la fortaleza de tantas gracias, que es la serenidad y apacibilidad de que gozaba la Virgen por la extincion del fuego original que comunmente llamamos el cebo y el fomes del pecado. Este será como el suelo y el plano de otras muchas gracias, que la tendrá segura y libre de las minas y máquinas de sus enemigos. Mas para comprender lo que he de decir sucesivamente, hay que notar que por la palabra fomes de la concupiscencia y otras semejantes no entienden la sagrada escritura y los santos padres mas que el desórden que hay en nuestro apetito sensitivo, el cual persigue naturalmente al bien sensible como su caza y su alimento. Es verdad que antes del pecado del primer hombre este apetito tenia ya su inclinación al bien que llamamos sensible, porque los sentidos son los que se le descubren como su objeto; pero estaban tan ordenados todos sus movimientos, que no pasaban los limites de la recta razon, su señora y aya. La razon le soltaba la rienda y luego tiraba: en una palabra le gobernaba á su gusto haciendo que todo fuese en órden. Pero en cuanto la misma razon se desvió de su deber negando la obediencia á Dios, el apetito inferior se desmandó tan licenciosamente, que sacudió el yugo, rompió las riendas y fué tan difícil de gobernar, que no hay una fiera mas indómita que él. Nosotros nos hemos

instruido y hemos aprendido sus caprichos y rebeldías á nuestra costa, no teniendo casi otro ejercicio desde que empieza á alumbrarnos la primera contella de la razon, mas que el ordenarle á su deber lo mejor que podemos. De aqui infiero que el que estuviese libre de la importunidad causada por este apetito depravado y como mudado en su naturaleza, tendria una facilidad incomparable para todo género de actos de virtud. Este es el privilegio de la madre de Dios que voy examinando, y por medio del cual sostengo que fué como repuesta en la posesion del paraíso terrenal ó por lo menos en los derechos que provenian de la justicia original que habia perdido el primer hombre. Todos los doctores citados al principio de este párrafo me servirán de fiadores sin hablar de los que acotaré al fin de este discurso; y las razones que alegue, lo harán ver claramente. Me contento con escoger algunos de los principales nombres que las sagradas escrituras y los santos padres dan á ese apetito desordenado; lo cual bastará para hacer confesar que era mas que razonable que no le hubiese en la madre de Dios y para manifestarnos la dicha y la indelible ventaja que le dió este privilegio para huir del vicio y abrazar la virtud.

Primera razon tomada de las palabras fomes, cebo etc.

IV. Empezando por las palabras fomes, fuego, cebo etc., ¿no es una cosa lastimosa y digna de compasion ver á nuestra pobre naturaleza tan pronta á apeгarse al pecado por medio del bien sensible codiciado contra la recta razon, como el cebo está dispuesto á encenderse en cuanto le toca una chispa y como se enciende la yesca en cuanto da lumbres el pedernal? ¿Juzgais que este estado no causa lástima al salvador de nuestras almas, el cual conoce mejor que nadie la miseria de los materia-

les de que hemos sido formados? Concedo que semejante disposicion no es pecado en nosotros, propiamente hablando, segun lo definió el santo concilio de Trento (1); no obstante es menester confesar que hubiera sido muy indecoroso para la benditísima alma de la madre de Dios adolecer de estas inclinaciones contrarias á la virtud y tener siempre disposicion á ser abrasada por el pecado, si no se guardaba continuamente del fuego. Por eso dice S. Cipriano que el Espiritu Santo lo ordenó de modo que no hubiese en ella tal indecencia, y si el santo doctor no la dispensa hasta despues de la concepcion del Verbo divino, no hay que extrañarlo: este pensamiento fué comun á otros muchos, segun he dicho mas arriba. Ve aqui las palabras del santo: «Cuando la Virgen concibió en sus entrañas al hijo de Dios por obra del Espiritu Santo, se extinguió en ella el fuego original. Desde entonces no hubo en ella potencia alguna que levantase la cabeza contra la ley del espíritu, ni ruido ninguno que turbase su quietud. El huésped divino que habia ocupado su alma y su cuerpo á las palabras del mensajero celestial, no la abandonó nunca jamás, sino que la miró como su propia casa, la hermoseó y alhajó como su templo y se hizo celoso de su santuario y de su tálamo nupcial, á quien él mismo tributaba honor y respeto. Los consuelos celestiales regocijaban su santa alma, y la consideracion del que se aposentaba en ella, abuyentaba todas las ilusiones de la concupiscencia.»

Segunda razon, tomada de la palabra concupiscencia.

V. Esta palabra me hace acordar de un segundo modo de llamar la enfermedad general de que habla-

(1) Ses. V, cap. último.

mos. Con efecto en diversos lugares de la Escritura (1) y de los santos padres se le da el nombre de concupiscencia para representar el deseo insaciable que tiene de las satisfacciones sensuales, tras las que va siempre jadeando como el camaleon anhela por el aire. Tocante á esto no tengo mas que una palabra que decir, á saber, que hubiera sido raro ver el alma de la purísima Virgen rodeada de esos lobos hambrientos y de esas sanguijuelas insaciables que gritan de continuo: Trae, trae. Se dirá que eso seria indecoroso para la dignidad de madre de Dios. Es cierto, y esto me basta para creer que nunca existió en ella la concupiscencia.

Tercera razon, tomada de la expresion ley de los miembros.

VI. En tercer lugar se llama ley de los miembros y del pecado. Pero guardémonos de imaginar una ley civil ó alguna pragmática de un príncipe legitimo, porque no es nada de eso, sino la bárbara dominacion de un tirano que quiere echar al señor natural; un tirano cuyas órdenes y estatutos no son mas que saquear y robar, encarcelar y degollar, en una palabra no omitir medio para llevar al cabo sus intentos á costa de la hacienda, la honra y la vida de aquellos á quienes domina. Y á la verdad que no procede de otra manera este apetito bestial, el cual no tiene mas ley ni mas regla que su gusto y sus movimientos desordenados. ¿Y consentiremos que se aposente enmedio del sagrado corazon de la madre de Dios este tirano, á quien S. Basilio llama un demonio nacido con nosotros para impelernos continuamente á toda suerte de males?

(2) Ad rom. VI et VII: ad II Petr. I: I Joan. II etc. Galat. V: ad colos. III: Jacob. I.

Cuarta razon, tomada de la expresion paso de la serpiente infernal.

VII. El elocuente S. Ambrosio en un escrito que compuso sobre el capitulo XXX de los Proverbios de Salomon para esparcir el ánimo solamente, segun creo, pinta este mal como el paso de la serpiente infernal, que habiéndose introducido en el alma de nuestros primeros padres desobedientes penetró tan sutilmente por todas sus potencias, que las corrompió con su veneno, como lo hemos experimentado. Es claro que haria yo mal en detenerme aqui mas tiempo, en vista de que todos los santos padres nos dicen que el silbo de aquel ponzoñoso reptil no llegó jamás á la Virgen santísima: tan lejos estuvo de ser sorprendida por él.

Quinta razon, tomada de la palabra pecado.

VIII. Además esta peste se llama con mucha frecuencia pecado en las sagradas letras, no porque verdaderamente nos haga culpables y pecadores, como dice muy bien el concilio de Trento en el lugar citado, sino porque trae su origen del pecado y nos inclina á él. Me congratulo con el docto Gerson, el cual notó sutilmente á este propósito que Dios tuvo tal miedo de que se aposentase el pecado en el alma de su santísima madre, que alejó de ella hasta la concupiscencia solo porque llevaba el nombre de tal. En efecto cuando considero á esta señora como la casa y el templo del Dios vivo, me parece que le convienen las palabras del profeta Ezequiel tanto á lo menos como al templo material de Salomon. Ve aquí, dice, la ley del templo del Señor sentado sobre el monte: todos sus términos no son sino santidad y santidad la mas eminente.

Sexta razon, tomada de la expresion deseos carnales.

IX. Con gusto suspenderé este discurso despues que mis lectores oigan al apóstol S. Pedro, el cual como tenia el espíritu lleno de fuego y fervor, pinta á este enemigo bajo la figura de un capitán enfurecido que levanta todas nuestras potencias, las inflama y les pone las armas en la mano contra la razon y contra Dios. «Ruégos, dice, muy amados míos, que os abstengais de los deseos carnales que combaten contra el alma (1).» Estos deseos son los soldados amotinados de aquel antiguo enemigo, es decir, del apetito rebelado, que sale al encuentro de todos ellos resuelto á exterminar, si puede, la virtud, sin que quede señal ni vestigio de ella. En el nombre de Dios y por lo bien que quereis á su santa madre, decidme ¿á qué fin es dar entrada á este rebelde en la ciudad de paz, que no sabé lo que es guerra en todos sus alrededores y que moriria de disgusto si sintiera en sí el menor movimiento contra Dios? Así es que Ricardo de san Victor entiende de ella las palabras del real profeta cuando dice (2) que Dios aleja de allí los ruidos hasta los últimos términos de la tierra, que rompe los arcos, quiebra las armas y hace pasar el escudo por el fuego. «Porque ¿qué tierra es esa, dice aquel escritor, de quien Dios aleja toda guerra sino la de que canta el mismo profeta: «La verdad nació de la tierra, tierra tres veces dichosa por estar libre de los tumultos y alarmas y por gozar de una plena paz (3)?»

X. ¿Quién podrá decir el beneficio que recibió aqui aquella hermosa alma para ahuyentar de sí toda suerte de pecados, si se atiende á que es certísimo que este ape-

(1) I Petr. II, 11.

(2) Salmo CXLVII.

(3) Emmanuele c. 29

tito desmandado hierva siempre en malos y perniciosos designios? ¿Y quién hay entre nosotros tan diligente y advertido á quien no sorprenda muchas veces, tan firme y resuelto en el ejercicio de la virtud á quien no afemine, tan animoso y esforzado á quien no derribe? Bien aventurada aquella que para no correr estos riesgos vió la paz en su alma y todos sus enemigos puestos á sus piés antes de nacer.

Segundo principio, que es el ejercicio de un ardentísimo amor de Dios.

XI. Si esta primera gracia la hizo inaccesible al pecado; la de que voy á hablar, mostrará que fué temible á todos los satélites del infierno: me refiero al continuo ejercicio del amor de Dios, no lánguido y medio muerto como por lo comun existe en nosotros, sino vigoroso, ardiente y siempre fervoroso. No me separaré del plan que establecí al principio; pero para continuarle mejor haré ver cómo el Dios de los ejércitos construyó una fortaleza de amor sobre el terreno que acabo de describir, para tener en sobresalto á todas las potestades de las tinieblas. Si queréis tener el gusto de visitarla; vereis el fuerte inferior del amor natural, el fuerte del medio del amor adquirido y el castillo del sobrenatural, los tres ventajosamente defendidos.

Amor natural de la Virgen santísima.

XII. Empiezo por el amor natural. Queriendo el santo rey David manifestar el extremado sentimiento que tenia por la muerte de su íntimo amigo Jonatás, y al mismo tiempo el cariño que le profesaba, no halló palabras mas expresivas que estas: «Yo te amaba, mi querido

amigo Jonatás, como una madre ama á su hijo único (1).» A la verdad no sé si en la naturaleza hay nada mas apasionado que esto. Pues ruego al lector considere si ninguna madre tuvo nunca tanto motivo de amar á un hijo como María santísima á nuestro señor Jesucristo. Con efecto sin hablar de que para ella era hijo único de todas maneras nota muy bien S. Anselmo (2) «que su cariño no estaba repartido como el de las otras madres en atencion á que habia reducido á uno el amor dividido del padre y de la madre. Añádase que este hijo le era enteramente semejante, que es otro lazo de amor. Considérese que era el hermoso por excelencia y el bueno por maravilla, el sabio sin par y el noble sin compañero y además el que le habia hecho tantos bienes. Sépase que el conocimiento que ella tenia de las perfecciones de su hijo, excedia desmedidamente al que tienen las demás madres. Por último recuérdese que podia amarle sin temor de exceso, porque él era un objeto infinitamente amable de suyo; y por remate de cuenta midase, si es posible, hasta dónde llegó este amor en su primer grado, esto es, solamente en cuanto era natural.

Amor adquirido de la Virgen santísima.

XIII. Subamos despues al amor adquirido, por el cual entiendo el que se aumentó y creció en el sagrado corazon de la Virgen por espacio de treinta y cuatro años que llevó, alimentó, siguió y acompañó á su divino hijo por todas partes. En efecto una vez que el amor de las madres nace en sus entrañas y se fortifica á medida que crece y se perfecciona el fruto de ellas, teniendo de continuo presente la madre de Dios en su espíritu du-

(1) II Reg. I.

(2) De excellent. Virg., c. 4.

rante nueve meses al único objeto de sus ansias, conversaba desde entonces con él, sabiendo muy bien que él conocia perfectamente todos los deseos de su corazón. Por otra parte así como todos los movimientos de Jesus en el vientre de su madre eran para esta otras punzadas y estímulos de amor, así también él por su lado le daba muestras infalibles de que oía todos los pasos de su corazón. ¡Cómo se acrecentó y fortaleció este amor en todo el tiempo que le tuvo en su regazo y en sus brazos, le envolvió en mantillas, le durmió y le enseñó á andar! ¡Qué suavidad y qué ternura sintió dándole de mamar y recibiendo las caricias de aquel su Benjamin, mas hermoso que la misma hermosura y mas agraciado que las gracias del cielo! Proseguiré este discurso con otro motivo (1); mas figuráos de antemano que le veis á la edad de doce años tan hermoso, tan amable, tan sabio y con tanto atractivo, que embelesa y cautiva á todos cuantos le ven y le oyen; y juzgad qué parte debe de tener su buena madre en el cariño general que le profesan todos, cuando tiene tanta en las bendiciones que le dan, en las caricias y fiestas que le hacen, porque estas son otras tantas flechas de amor que traspasan su amantísimo corazón. ¡Hasta dónde juzgais que llegará cuando acompaña al hombre hecho que lleva tras sí las turbas, que destila miel de su divina boca, que obra milagros sin cuento, que explica una doctrina no oída jamás por el pueblo, y que es aplaudido y aclamado por la muchedumbre prendada de él? Así como ella es la única que sabe, hablando con propiedad, lo que él es y lo que quiere, así es la única capaz de amarle.

(1) *Trat. 2, c. 4, §. 3.*

Amor sobrenatural de la Virgen santísima.

XIV. Todo lo que acabo de decir, no hubiera sido gran cosa, si este amor no hubiese subido hasta el castillo y no se hubiese hecho sobrenatural acendrándose y afinándose de continuo en su divino corazón, que pudiéramos llamar con justísima razón la copela, ó con el bienaventurado mártir Metodio el tesoro del amor puro (1). Con efecto una vez prevenido aquel corazón y dispuesto á amar á Dios sobre todas las cosas, todo lo que entra en él era tan santo, que al punto tomaba la forma, el peso, el color, el sonido y el valor del oro mas fino de caridad; caridad que iba creciendo á medida de la gracia á quien acompañaba siempre, gracia tan eminente en sus principios y tan asombrosa en sus progresos, que el amor con el cual se igualaba, sobrepuja todo cuanto pueden imaginar los hombres y todos los entendimientos criados. Creo que el lector se acordará de lo que dije poco há acerca de su primera santificación y de la gracia que Dios le hizo desde entonces de mostrarle á las claras su rostro. Fué como una hoguera de dos cuerpos, donde prendió con tanta violencia el fuego del amor divino, que desde luego excedió todas las ansias y arrobamientos de los mas encumbrados serafines, porque á decir verdad el fuego y el iman del amor es el amor mismo. Así esta alma elevada, habiendo considerado la altura, la profundidad y toda la extension de las obligaciones que tenia á Dios, encendió en su corazón mediante la gracia divina tal fuego de amor, que fué maravilla cómo no la redujo á cenizas. Y si empezó majestuosamente, no fué para dejar entibiar su fervor con el tiem-

(1) *Orat. in hypapante.*

po, sino para redoblarle y acrecentarle hasta el fin sin ninguna interrupcion. Es increíble cuánto le sirvió para esto el haber visto al principio de su vida el adorable rostro de Dios, que los santos ángeles desean contemplar continuamente: porque así como esta vision dichosísima extinguió en ella cualquier otra ansia, mereciendo su desprecio todo cuanto veía despues de haber visto á Dios, así habiendo conocido el único objeto de sus deseos verdaderamente digno de un amor infinito, á falta de poder abastecerle hizo cuanto puede hacer una criatura prevenida con una gracia del todo extraordinaria y disparó flechas tan inflamadas de amor contra el cielo, que Dios fué como precisado á amarla siempre mas y á hacerla crecer desmesuradamente en gracia. Dios verdadero, ¿quién podrá pintar este combate de amor entre el gran monarca del universo, que previene á una alma tal con bendiciones inestimables, y esa misma alma, que hace un esfuerzo de amor, incomprendible á los ángeles? ¿Quién podrá explicar cómo redoblando Dios sus gracias para no dejarse vencer por su criatura, se inflamaba de nuevo este corazon y reunia todas sus fuerzas para amar y adorar á su bienhechor? ¿Qué lengua podrá declarar hasta dónde llegó al fin el incendio de este corazon seráfico mediante los continuos impulsos y redoblados vuelos que subian sin cesar como globos de fuego de aquel horno de amor? Confesemos ingénuamente que no está en nuestra mano alcanzarlo, y contentémonos con saber algo por lo que dejaron escrito los santos.

XV. San Ildefonso compara á este intento la Virgen santísima con el hierro, el cual estando mucho tiempo en la fragua sale hecho ascua, tan encendido y tan brillante, que no parece sino que ha cambiado de naturaleza y se ha convertido en fuego (1). S. Ivon, obispo de

(1) Orat. 4 de Assumpt.

Chartres, dice lo mismo que el santo arzobispo de Toledo; á saber, «que estando tan intimamente unida á Dios, que es un fuego voraz, por necesidad habia de suceder que lo que él es por naturaleza, llegase ella á serlo por gracia y por caridad (1).» S. Bernardo considerándola rodeada del sol, segun se la pinta en el Apocalipsis, afirma que es imposible que no sea penetrada de los rayos mas abrasadores del amor divino, que despide por todas partes el verdadero sol de justicia (2). Estos santos padres no se llevan otro fin que el de hacernos comprender el grado eminente de la contemplacion continua de la Virgen, acompañada de un ejercicio de amor de Dios nunca interrumpido, por medio del cual iba siempre elevándose sobre sí misma y uniéndose de un modo incomprendible al principio del amor santo. Si se me pregunta cómo podia aquel espíritu estar siempre tirante sin aflojar ni aun enmedio de las ocupaciones exteriores á que destinaba parte del día; me contentaré con señalar con el dedo la zarza de Moisés que ardia sin quemarse, y diré con S. Bernardo: «Descalzaos resueltamente de los pensamientos bajos y ordinarios, porque esta vision es admirable, esta tierra es toda santa, y Dios que conservó la zarza enmedio de las llamas sin que le causasen daño, da una fortaleza extraordinaria al espíritu de la Virgen y sostiene su imaginacion con todas sus potencias corporales y espirituales atrayéndolas á si con tanta suavidad, que esta ocupacion les parece enteramente natural.» No hay que admirarse de esto, porque hablamos de la madre de Dios, la cual habiendo tenido otros privilegios mas relevantes que este, seria poco razonable querer disputárselo.

XVI. Pasemos del fuego al agua y de la accion del

(1) Sermo de Nativit.

(2) Serm. in Signum magnum.

uno á la violencia de la otra. Ve aquí cómo habla la Virgen santísima de la vehemencia de su amor en el libro del Eclesiástico: «Yo soy como un hilo del agua inmensa de un río, yo como acequia de un río y como acueducto sali del paraíso (1).» Algunos tomando por nombre propio la palabra *dioryx* que la Vulgata ha trasladado del griego, entienden que el río llamado así es el caudaloso Eufrates, el cual aumenta sus aguas con las de otros ríos y se hincha en términos de romper los diques y destruir las calzadas y cuanto puede oponerse á su corriente impetuosa. A mi juicio nada puede añadirse á lo que dice en esta parte S. Agustín y despues de él S. Bernardo y S. Buenaventura (2); á saber, que sería agraviarla dudar de que habiendo morado en ella el Dios de amor nueve meses, no se hubiesen hecho sus entrañas entrañas de amor y su corazón no se hubiese convertido en afecto de caridad; de suerte que debemos de considerar á la Virgen no tanto como una alma inflamada de caridad, cuanto como la caridad misma, que abraza todo lo que encuentra.

XVII. Ahora ¿cómo hemos de hablar de pecado con un amor tan ardiente y encontrar tibieza entre tales incendios? Porque lo que comunmente da entrada al pecado en nuestra alma y le mantiene, es la negligencia y frialdad con que vivimos; pero en ese divino corazón no hay mas visos de tibieza que de hielo en medio de los volcanes de Sicilia. Concluycamos pues que es absolutamente necesario dejar á un lado toda idea de pecado y decir á los engendros de la noche que si son osados de acercarse aquí, serán tan duramente recibidos, que maldigan la hora de su temeraria empresa.

(1) Boll. XXIV, 44.

(2) Specul. Virg., c. 14.

Tercer principio, á saber, la proteccion exterior de Dios.

XVIII. Hay mas aun: se trata de ver las fuerzas destinadas para defender esta plaza, es decir, la proteccion exterior de Dios; tercera ventaja de nuestro castillo que le hizo inaccesible al pecado. Leemos en el libro de los Cantares que el rey Salomon confió la guarda del lecho donde descansaba, á sesenta soldados de los mas valientes de Israel, todos con la espada ceñida y la partesana en la mano. Segun la opinion del docto Ruperto aquel lecho no es otro que la bienaventurada madre de Dios, en cuyo seno descansó nueve meses el verdadero rey de paz. Aquellos soldados tan diestros en la guerra representan á la milicia celestial, que Dios habia ordenado al rededor de ella para librarla de las sorpresas nocturnas, porque no debemos de dudar que estarian dispuestos por escuadrones para defenderla de toda ocasion mala. San Bernardo lo reconoció así (1) diciendo que eso era para que nadie se atreviese á entrar en el gabinete del príncipe del cielo. S. Anselmo añade á mi intento que se ha de tener por muy cierto que el cuerpo purísimo y el alma inocentísima de la Virgen madre fueron preservados de todo pecado por el ministerio de los santos ángeles como la cámara en que habia de hospedarse el rey de la gloria (2) y unirse al hombre en la unidad de una misma persona. «No es bien sabido, dice, que hay la costumbre generalmente observada de que cuando el príncipe quiere ir á una parte, van delante sus guardias para reconocer el lugar y guardar las avenidas mientras él permanece allí? El mismo Señor lo dice á la Virgen bajo la figura

(1) Serm. qui inscribitur: (2) De excellent. Virg., c. 3. Laus Marie.

de Jerusalem por boca de Isaías. « Sobre tus muros, Jerusalem (dice), puse guardas, que estarán continuamente en vela de día y de noche (1). » Aquí podemos notar dos oficios de estos bienaventurados custodios, porque á mas de defenderla como soldados cantan tambien como cantores celestiales entreteniéndose de día y de noche á esta princesa con santos pensamientos y alegrándola con sus divinos cantares. Quizá fuese esto lo que queria decir el mismo esposo cuando preguntaba: « ¿Qué verás en la Sulamita sino coros de escuadrones (2)? » Como si dijera que la guardia real de la Virgen su esposa se componia de invencibles soldados y de los primeros músicos de su santa capilla. Dios mio, ¡qué suave armonia formaban aquellas tropas de guerreros y aquellos coros de músicos! ¡Cuán agradable era ver obrar á los unos y oír los conciertos de los otros! O por mejor decir ¡qué grato era ver aquellas tropas aladas marchando en órden y cayendo sobre el enemigo al compas de sus voces é instrumentos, cantando las alabanzas del esposo y de la esposa sin dejar por eso de maniobrar! En el último capítulo del Cantar de los cantares, donde nosotros leemos lámparas de fuego y de llamas, el emperador Mateo Cantacuceno leia almenas de fuego, cuyas palabras explicaba de la Virgen santísima diciendo que está rodeada de una compañía de espíritus resplandecientes como el fuego, que no la abandonan jamás.

XIX. Mas guardaos de creer que el rey del cielo que la habia escogido para madre y esposa, se fiase de tal modo de la guarnicion, que no estuviera siempre vigilante. Asi lo habia prometido al rey Salomon hablándole figuradamente del templo: « He santificado esta casa que has edificado á fin de establecer en ella mi nombre para

(1) Cap. LXII, 6.

(2) Cant. VII, 4.

siempre, y mis ojos y mi corazon estarán allí todos los dias (1). » David no contento con esto asegura que Dios guarda en persona el torreón de esta fortaleza y no reconoce otro gobernador de su mística Sion. Si se le pregunta el motivo de esto; dirá que es para tenerla segura, para mandar él mismo las guardias y poner las centinelas, para calmar los alborotos é impedir la alarma, para mantenerla siempre en suavísima paz. Tal vez deseará el lector que hable yo mas claramente. No queda por eso: escuchemos solamente con los oídos del corazon á S. Bernardo y S. Juan Damasceno. El primero sostiene (2) que Dios iba previniendo, dirigiendo y asistiendo de tal suerte á la Virgen santísima, que no le aconteció jamás hacer eleccion de ninguna cosa ya para desecharla, ya para huir de ella, que no se la hiciese ver antes la divina sabiduría. De aqui provino que ella amó siempre á Dios con tanta ansia como conoció que este queria ser amado de ella. El segundo manifiesta cómo Dios iba continuamente infundiendo en el entendimiento de la Señora santos pensamientos, los cuales por su eficacia eran seguidos al punto de piadosos afectos y nobles resoluciones; lo que era causa de que el pecado encontrase cerradas todas las callejuelas. Los ojos de la Virgen siempre estaban levantados al Señor contemplando la luz inaccesible donde habita; sus oídos abiertos para oír la voz de Dios y la armonia de su santa voluntad; su corazon suspirando por el cielo; y así de las demás potencias tanto corporales como espirituales (3). El docto Galatino añade una cosa muy notable (4): no sé de veras de quién la tiene; pero he leído algunos graves autores (5) que no po-

(1) III Reg. IX, 3.

(2) Sermo 5 in Cantic.

(3) Serm. 4 de nat. B. V.

(4) De arcanis, l. 7.

(5) Canis. de B. Virg., l. 4,

c. 43: Sala 2 in c. XXXI Pro-

verb., n. 440, etc.

nen dificultad en recibirla como muy digna de crédito. Dice que María estaba dotada de un espíritu de profecía tan excelente, que prevenía todo lo que pudiera haber alterado algún tanto su paz y perjudicado á la pureza de su alma; de manera que cerraba los ojos al encontrarse con objetos ilícitos ó indecentes; se tapaba los oídos por no escuchar lo que no hubiera querido oír; no quería oler los olores lascivos, y así de todas las demás cosas que hieren nuestros sentidos, que son las primeras puertas por donde acostumbra introducirse la muerte en nuestras almas. Bien sé que S. Ambrosio no admitía el testimonio de los demonios; pero tampoco ignoro que á veces exigía la confesion de ellos, especialmente cuando tornaba en confusion suya. Ahora bien se los ha oído afirmar muchas veces por boca de los energúmenos que nunca tuvieron facultad ni poder de acercarse á la Virgen para darle algun asalto, segun han hecho generalmente con todos los santos, sin que quisiese eximirse de esto el santo de los santos, que es el Verbo encarnado. Pero volveré á tomar el hilo de este discurso en el tratado segundo.

XX. Paréceme que basta esto para la confirmacion de una verdad que debe de ser indudable para nosotros; á saber, que la Virgen santísima no cometió jamás ningun pecado. Plegue á aquel que de tal suerte la ensalzó para su gloria y nuestro provecho, hacernos sentir los efectos de la gracia superabundante con que la previno, y darnos fortaleza contra los enemigos visibles é invisibles, por quienes somos embestidos á derecha é izquierda, por delante y por detrás, en la prosperidad y en la adversidad, de dia y de noche, por nosotros y por nuestros mas íntimos amigos, en casa y en el campo, en todo tiempo, en todo lugar y en todo negocio, sin tregua ni descanso, á fin de que habiendo conservado por su gracia el tesoro que llevamos en vasos de barro en medio de nuestros

enemigos, la reconozcamos para siempre por nuestra libertadora despues de aquel á quien ella misma reconoce por su protector y su salvador.

OCTAVA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO IX.

QUE ES SINGULARMENTE BENDITA.

Pedro de Blois, arcediano de Batonia y Lóndres y canchiller del primado de Inglaterra, hablando de la madre de Dios bajo la figura del lavadero de las ovejas, llamado ordinariamente la piscina probática, cuyas aguas curaban toda clase de enfermedades despues que las agitaba el ángel comisionado por Dios al efecto, dice sutilmente (1) que habiendo bajado el ángel del gran consejo, que no es otro que el Verbo divino, al seno de la Virgen como á un lavadero celestial causó tres emociones muy notables. La primera fué la union de nuestra naturaleza á su divina persona: la segunda fué la extincion del fuego de la concupiscencia; y la tercera la bendicion que derramó abundantemente sobre la que habia elegido para madre suya. Habiendo tratado de las dos primeras en los capitulos anteriores me creo obligado por el orden de mi plan á hablar de la tercera, mucho mas cuando

(1) Sermo 1 in Adventu.